RÉTOR 9 (2), pp. 96-128, 2019

EL DISCURSO POPULISTA COMO SÍNTOMA DE UNA CRISIS DE LOS PODERES

THE POPULIST DISCOURSE AS A SYMPTOM OF A CRISIS OF THE POWERS

Patrick Charaudeau
Univeristé Paris XIII
CNRS-LCP-Irisso
patrick.charaudeau@free.fr

Resumen
El poder estalla y se fragmenta, sometido a una demanda social cada vez más reivindicativa. Las ideologías están interferidas por discursos que apelan simultáneamente al derecho del individuo a su emancipación y al derecho de los grupos sociales a ser reconocidos en sus particularidades identitarias. Lo que se conoce como populismo es un indicio de una inestabilidad del poder en esta época llamada poscolonial y posmoderna. El populismo no es un régimen político. Se fundamenta en un discurso que pretende representar directamente al pueblo, manipulando una determinada cantidad de valores que forman más o menos un sistema. Ahora bien, el pueblo, o al menos una parte de este, está a la expectativa de valores fuertes, que llega a reivindicar. Cuando se confrontan los discursos de los líderes políticos y la demanda social, se debe considerar en el análisis del discurso populista que este crea una interferencia de ideologías. Esto es lo que demuestra este artículo al revisar las matrices ideológicas de los discursos de derecha y de izquierda y al confrontar las temáticas de los discursos populistas que se hacen eco de cierta demanda social. Se explica además cómo se produce esa interferencia ideológica y surgen discursos (a veces incluso de gobiernos) que pretenden responder a la soberanía popular y provocan el colapso de los partidos de gobierno, ya sean de derecha o de izquierda.

Palabras clave: poder – matrices ideológicas – discurso populista – interferencia ideológica – demanda social.

Abstract
Power breaks in numerous ways, subdued to a greater dissenting social demand. Ideologies are interfered by discourses which appeal at the same time to the individual right to emancipation and to the social group right to be recognize by its identity characteristics. What we call populism is one of the clues of the power instability of our time known as postmodern and postcolonial. Populism is not a political regime. It is based on a discourse that pretends to represent the people without mediations, by handling values which make up a system. However, the people, or at least a part of it, expect strong values, and even claim them. The analysis of populist discourse must bring face to face the discourse of political leaders and the discourse of the social demand to observe how it creates an interference of ideologies. This is what the article demonstrates by reviewing the ideological matrix of right and left discourses, by

confronting the themes of populist discourses which echo a particular social demand, and by explaining how this ideological interference is produced, and also the emergence of discourses (sometimes of governments), which pretend to respond to the popular sovereignty causing the collapse of government parties, either left or right.

Key words: power – ideological matrix – populist discourse – ideological interference – social demand.

Una de las características de la actividad científica es evitar los esencialismos de las nociones y la generalización de las explicaciones. No se puede hablar del poder, de las élites, de las desigualdades sociales en general, ni de la dominación como categoría única de las relaciones sociales. Es preciso indicar, además, que los regímenes políticos no se definen ni se practican de la misma manera en todos los países, de un lado y del otro del Atlántico, en el norte y el sur del continente europeo, sin hablar de los mundos árabe y asiático. Lo mismo ocurre con la noción de populismo. Por esto, estudiamos este fenómeno en el contexto sociohistórico francés, sin negar que sea posible constatar que algunos de sus aspectos se encuentran también en otros contextos políticos.

ALGUNOS POSTULADOS

El principio de alteridad y las relaciones de fuerza

Partimos de postular que en toda sociedad las relaciones que se instituyen entre los individuos se concretan según *relaciones de fuerza* recíprocas. Se trata aquí del *principio de alteridad*, que es fundamento de la construcción identitaria de los individuos: para tomar conciencia de su identidad, el individuo tiene necesidad de percibir la existencia de un otro que, por su diferencia, lo obliga a interrogarse sobre esa diferencia (¿quién es?) y, en consecuencia, sobre su propia identidad (¿quién soy?). Esta diferencia puede llegar a percibirse como un obstáculo para entrar en relación con el otro, e incluso como una amenaza para la propia existencia, por lo cual se puede intentar eliminarla o atraerla. Pero, dado que es posible que el otro se resista a este intento de asimilación, uno y otro despliegan estrategias de persuasión, de seducción, a veces de coerción, para controlar al otro. Se instauran así relaciones de fuerza recíprocas según

un *principio de regulación*.

Contrariamente a cierta doxa que domina en las ciencias humanas y sociales, consideramos que no toda "relación de fuerza" es una "relación de dominación". La primera es un proceso por el cual se produce una alternancia de posiciones de unos y otros por la instauración de una relación de intercomprensión; la segunda es un resultado que decreta la posición de superioridad de uno sobre el otro: uno domina, el otro es dominado. La relación de fuerza es un proceso que no prejuzga el resultado en cuestión. En el resultado del ejercicio de la relación de fuerza, se podrá juzgar el estado de la relación: de *complementariedad*, en la igualdad, la fusión o la simple diferencia; de *simetría*, en la jerarquía o la dominación/sumisión. La relación de dominación no es, entonces, la totalidad de la relación de fuerza; solo es uno de los resultados posibles, y no se la puede erigir en categoría genérica. Considerar la relación de dominación como una categoría genérica impide pensar la multiplicidad de las relaciones sociales.

La noción de poder

Aquí también, contrariamente a una tendencia que consiste en distinguir el poder del saber, consideramos que estas dos nociones están íntimamente ligadas. El poder se apoya en un determinado saber: hay un poder del saber; hay un saber al servicio del poder. El poder no existe en sí. Es un asunto de relación. Dicho de otra manera, se inscribe en el proceso de alteridad. No puede ser globalizado y no puede definírselo de manera única. No puede responder a una teorización esencialista. De la misma manera que el saber se fragmenta, el poder se manifiesta bajo diversas formas. No se puede, por lo tanto, hablar del poder en general, sino de los poderes.

Nocionalmente, el poder es una *posibilidad de actuar* con un objetivo performativo, es decir que *se ejerce sobre* algo exterior al sujeto que lo pone en práctica. Ese "algo" pueden ser los seres humanos, la sociedad, el mundo o las ideas. Esto supone de la parte de quien lo ejerce una capacidad de actuar. Ese actuar puede hacerse por medio de la fuerza física y/o de la palabra. En definitiva, el poder se ejerce en nombre de una *autoridad* que lo legitima. Esta autoridad legitimada se funda "en nombre de": en nombre de un valor moral, de un proyecto de sociedad, de una competencia, de un saber, que debe ser reconocido por una instancia exterior a aquel que está investido, según distintos procesos (reconocimiento electivo, reconocimiento carismático). El poder es, por lo tanto, una *posición atribuida* que otorga fuerza de *coacción* (ejercer una

presión), con la ayuda de una *sanción*, en nombre de un *valor*; a menos que esta posición sea usurpada por la fuerza y ejercida por el terror, algo propio de los golpes de Estado, las dictaduras y los terrorismos. El poder varía según la categoría de las personas que lo ejercen (poder de los dirigentes políticos o de empresa, poder de las élites de saber, poder de los jueces, poder parental) o la instancia institucional que tiene la autoridad (poder judicial, poder administrativo, poder mediático).

El poder político y sus contradicciones

El poder político resulta, entonces, de un proceso de *atribución* por un sistema de organización social que lo legitima y que le da autoridad. En el régimen democrático, el poder se atribuye a las personas por un sistema de delegación de parte de la voluntad ciudadana, por lo cual este poder es considerado una representación de la soberanía popular. Pero sabemos que, para que este sistema de delegación funcione, se necesitan una *oferta* y una *demanda*: una oferta de parte de personalidades que intervienen en el juego competitivo de proposición del mejor proyecto político posible para el bienestar del pueblo, y que se empeñan por lo tanto en persuadir a estos de la excelencia de su proyecto; una demanda plural de parte del pueblo, que está dividida en su concepción de bienestar. En este juego de oferta competitiva y de demanda plural, el poder político fluctúa entre el objetivo de persuasión, por un lado, y el movimiento de aceptación o de reivindicación, por el otro. Tres puntos de vista se oponen a este respecto.

Para Max Weber, el poder político está directamente unido a la *dominación* y a la violencia, porque para él las relaciones humanas se fundan, de manera general, sobre relaciones de dominante a dominado. Y en el dominio político el Estado tiene la fuerza de dominación e impone su autoridad, bajo una cobertura de legalidad, a un pueblo que debe someterse: "El Estado no puede existir más que con la condición de que los hombres dominados se sometan a la autoridad reivindicada cada vez por los dominadores" (Weber, 1971).

Por el contrario, para Hannah Arendt, el poder político es el resultado de un *consentimiento*, por el hecho de que los hombres están en relación los unos con los otros, dependen los unos de los otros y deben pensar y actuar para vivir juntos. Por lo tanto, el poder político no se une a la opresión sino a la libre opinión: "Cuando declaramos que alguien está en el poder, entendemos por eso que ha recibido de una cierta cantidad de personas el poder de actuar en su nombre" (Arendt, 1972: 153).

El punto de vista de Jürgen Habermas parece combinar los dos precedentes, ya que propone distinguir dos poderes: un "poder comunicativo" y un "poder administrativo". El primero existe fuera de toda dominación. Resulta de las opiniones que el pueblo intercambia en el espacio público. Así se instaura un espacio de discusión de estas opiniones "fuera de todo poder, en un espacio público no programado con vistas a la toma de decisión, no organizado en este sentido" (Habermas, 1989: 50). El segundo se ejerce siempre en relaciones de dominación. Consiste en organizar la acción social, regularla por medio de leyes y evitar o frenar (por medio de sanciones) todo lo que se le podría oponer. Así se instituye un sistema político que tiende a defenderse contra todo intento de desestabilización y que para hacerlo excluye, selecciona, busca ser eficaz y, por lo tanto, impone.

Al observar y analizar los discursos que sostienen en el espacio público estos dos tipos de actores que son los políticos y los ciudadanos, notamos que se presentan bajo dos lógicas discursivas: una *lógica simbólica* y una *lógica pragmática* (Charaudeau, 2013: 7-12). La primera responde al proyecto de idealismo social que, por un lado, manifestaría el deseo de trascendencia del pueblo que desea vivir en una buena comunidad ciudadana y, por otro, trata con valores colectivos para el bien común. La segunda corresponde a la gestión del poder, los medios para hacer realidad el proyecto de sociedad ideal. Esto distingue *lo* político, lugar de los grandes principios de gobernanza, y *la* política, lugar de la técnica de puesta en funcionamiento de la gobernanza. En el fondo, es la diferencia entre la visión platónica de la política inclinada hacia las *ideas* y la visión aristotélica de la política en tanto técnica de organización de la vida política.

Advertimos así las *contradicciones* en las que se inscribe el discurso del poder político: de un lado, la oferta de un idealismo social en una lógica discursiva simbólica, pero restringida por la lógica pragmática de los medios de concreción; del otro, una opinión y una demanda social, escindida, plural, que ejerce vigilancia y contrapoder y que ubica la instancia de poder en posición de tener que preguntarse si debe seguir la demanda social.

EL POPULISMO

La proliferación de la palabra "populismo"

Entre las palabras que circulan en el espacio público, "populismo" se convirtió en una palabra mágica que pretende explicar todos los acontecimientos políticos. En cuanto un partido se identifica con el pueblo, se lo llama populista; en cuanto un movimiento social se manifiesta ("los chalecos amarillos") contra la política del gobierno, se lo tacha de populista; en cuanto un político afirma comprender al pueblo y pretende terminar con la división derecha-izquierda, se le reprochan sus propósitos populistas.

La mayor parte del tiempo, la palabra está estigmatizada, tanto por la derecha como por la izquierda. La primera se la imputa a la segunda, acusándola de manipular a las clases obreras y populares; esta acusa a aquella de manipular a las clases populares y las clases medias, poco politizadas, apelando al miedo. Dicho de otra manera, el populismo es el otro. Pero en los dos casos se constata un discurso simplista, emotivo y esencialista,[1] que opone élites y masas, políticos y ciudadanos, la Francia de las clases altas y la Francia de las clases bajas, que busca hacer prevalecer la voz del pueblo, la opinión pública contra las decisiones de los gobernantes, las instituciones y, más generalmente, las prácticas políticas.

Sin embargo, algunos políticos, provenientes de distintos partidos, invierten la carga y reivindican los beneficios del populismo. Del lado de la extrema derecha, Jean-Marie Le Pen declara: "Si ser populista es reconocer al pueblo la facultad de opinión, el derecho a expresarse y ser escuchado, entonces, sí, porque al mismo tiempo es ser demócrata"; y la divisa de la Agrupación Nacional es: "El poder del pueblo", "el pueblo olvidado"; "Detrás de la palabra populismo, está en primer lugar la palabra pueblo: el pueblo abandonado, el pueblo sin representación" (Marine Le Pen, en Oxford, 22/01/ 2019 y *Le Monde,* 13/02/ 2019). Del lado de la izquierda radical: "[hay que] unir al pueblo para superar la división derecha-izquierda y derrocar a la oligarquía; un diputado debe ser 'el portavoz del pueblo'" (Mélenchon, *Le Monde*, 13/02/2019). Y también de parte de los que se consideran fuera de la división derecha/izquierda: "Si ser populista es hablar al pueblo de manera comprensible sin pasar por el intermediario de los aparatos, acepto ser populista" (Macron, *Journal du dimanche*, 03/2017); "Nosotros somos los verdaderos populistas, estamos con el pueblo" (Macron, a los intendentes reunidos en el Eliseo en noviembre de 2018).

Al revisar la prensa, donde se encuentran análisis más profundos que en la televisión, notamos que habría diversos tipos de populismo: un "*populismo xenófobo*" de rechazo a

[1] Ver "Attention à la tentation populiste ambiante qui nivelle les discours par le bas" (Audrey Azoulay, *Le Monde*, 25/06/16).

los inmigrantes, que deriva de las agresiones producidas en Alemania, en Colonia, y que sostendrían Orban en Hungría, Salvini en Italia, Le Pen en Francia y Trump en Estados Unidos; un "*populismo económico de recesión*" contra el neoliberalismo, sobre todo en las regiones industriales perjudicadas; pero también un "*populismo de prosperidad*", como en Suiza o en algunos países escandinavos que no sufren problemas económicos pero son sensibles a la desigualdad salarial y que rechaza sobre todo la identidad multicultural; un "*populismo de ajuste*", como en Polonia que, sin la tradición de izquierda, trata de encontrar una identidad, una *polonidad*, en una nueva economía de mercado. Esto no es nuevo dado que antes se habló de "*populismo nacionalista-autoritario*"a propósito del peronismo y, hasta hace poco, del "*populismo compasivo*" de Arlette Laguiller, del "*populismo rural*" de Philippe de Villiers, del "*populismo neoliberal de suburbio*" de Bernard Tapie, del "*populismo nacional-racista*" de Jean-Marie Le Pen y del "*populismo cínico*" de Nicolas Sarkozy. Pero estos diversos usos de la palabra no aclaran en lo más mínimo su definición. Por el contrario, su proliferación y diversidad contextual termina por "desemantizarla", al punto de convertirla en banal, sin significación propia.

Las tentativas de teorización

Entre los anatemas de los juristas y los psicólogos neodarwinianos del siglo XIX, para quienes el populismo es la antesala del totalitarismo y del nacionalismo desnaturalizado, y los posicionamientos modernos que se reparten entre la concepción de un populismo que se ubicaría fuera del marco democrático y un populismo que se inscribiría en este, hay diferentes intentos de teorización.

Para el historiador Pierre Rosanvallon, "La actualidad del populismo es la actualidad de una fatiga democrática; es la sombra negra de la disfunción de las democracias" (*L'Obs* n° 2717, 01/12/2016). Para el filósofo Jacques Rancière, tendría el aspecto de un republicanismo de izquierda que predica valores universales, pero desprecia las diferencias y estigmatiza los comunitarismos. Para Cas Mudde y Cristobal Rovira Kaltwasser, el populismo es "una ideología poco sustancial que considera que la sociedad se divide en dos campos homogéneos y antagónicos, el 'pueblo puro' y 'la élite corrupta'" (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2018).

En el punto de vista opuesto, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe defienden la idea de que el populismo debe ser integrado a la democracia como uno de los tipos de gobierno

que aparece "cuando las masas populares son excluidas mucho tiempo de la arena política, [y] entonces emergen ciertas formas de liderazgo que no están en el marco ortodoxo de la democracia liberal". Consideran que el populismo, lejos de ser un obstáculo, es una garantía de democracia, ya que evita que esta se transforme en pura gestión. Proponen, desde una perspectiva posmarxista, con influencia gramsciana, un populismo de izquierda, que, en lugar de inscribirse en los partidos tradicionales, dado que considera que no hay alternativa al neoliberalismo, practica la política del consenso, que debe mantener el conflicto en un movimiento que opone el "Ellos" de las élites al "Nosotros" del pueblo.

Por último, otro enfoque consiste en ubicar el punto de vista de aquellos que incitan a la movilización de la población, de aquellos que los llevan a adherir a movimientos de protesta que borran las divisiones ideológicas tradicionales. Eric Fassin busca "descubrir la razón profunda de la deducción de la idea populista, hoy en día en la izquierda". Constata que "en el discurso público, el populismo remite a una lógica económica más que cultural" y busca "un denominador común en esas múltiples variantes nacionales, de un extremo al otro del espectro político". También advierte en "la inseguridad cultural" la fuente del *resentimiento* que mueve a la población: "De hecho, ahí se desarrolla el resentimiento, no de los 'perdedores' de la mundialización, como nos gusta creer, sino de aquellos que, sin importar sus triunfos o fracasos, rumian el hecho de que a otros les iría mejor que a ellos, a pesar de que no lo merecen," (Fassin, 2017: 72-73).

Balance crítico

Que la política es el lugar de las pasiones es una evidencia. Esto no quiere decir que la razón no intervenga. Pero se sabe que, tanto en este dominio como en otros, la racionalidad de las ideas y el movimiento de las pasiones se entremezclan. Es por lo tanto sorprendente que ciertos escritos tachen al populismo de pasional y reprochen a sus líderes jugar con las emociones. Es una larga discusión filosófica saber cómo se articulan pasión y razón. Pero al observar el discurso, se las puede distinguir en cómo el lenguaje actúa sobre las emociones y cómo se recurre a la argumentación. En lo que concierne a un análisis del discurso, conviene distinguir aquello que atañe a procedimientos de puesta en enunciación que usa modalidades emotivas y aquello que atañe a la argumentación, una parte de la cual se sostiene en las ideas.

Siguiendo a los autores citados, diremos que el populismo no es ni un régimen político ni una ideología, ni un programa, ni una teoría del Estado, ni un fascismo, ni un totalitarismo y que no es totalmente extraño a todas estas formas de sociedad política. Para Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, se trata de una estrategia de estilo plebeyo, que se aprovecha de la oposición “los de abajo y los de arriba”; para Eric Fassin es “la indefinición del populismo [la que hace que] no sea ni una ideología, ni un programa, ni un régimen” (Fassin, 2017: 19). Sin embargo, el populismo es una parte llamativa de la democracia, ya que lo que la funda es precisamente la posibilidad de intercambiar, de discutir para poder deliberar. *La* política, como indicamos más arriba, implica un objetivo pragmático en el que se desarrollan los conflictos; *lo* político implica un objetivo simbólico en el que se define el idealismo social que pretende reunir y pacificar los conflictos por medio de un consenso ciudadano, al menos mayoritario, garantía del buen funcionamiento de la democracia.

EL DISCURSO POPULISTA COMO EXCESO DEL DISCURSO POLÍTICO

El populismo es una noción imprecisa. Numerosos escritos ya lo han subrayado. Retenemos que no es un régimen político, pero que se inscribe en el proceso democrático, en tanto este es un lugar de libertad de expresión. Desde este punto de vista, participa de la retórica demagógica propia de todo discurso político en vista de recolectar el máximo de adhesión a la oferta de un determinado “idealismo social” y se sostiene en la actividad de un líder más o menos carismático.

El estudio del populismo, en tanto fenómeno sociopolítico, requiere de un análisis multidimensional, en la intersección de varias disciplinas: la geografía, en atención a su correlación con la población electoral; la sociología, en lo que respecta a las determinaciones sociales y los juicios que la población sostiene sobre las decisiones políticas, los dirigentes o su propia demanda; la historia, para la puesta en perspectiva con los acontecimientos pasados. Queda por encarar un estudio desde el punto de vista de las ciencias del lenguaje, en la medida en que presentar un proyecto político ideal, exponer los medios para concretarlo y persuadir a la población ciudadana es una cuestión de discurso. Por lo tanto, en este trabajo, el objeto de estudio no es tanto la noción de populismo como el funcionamiento y el contenido del discurso populista.

El discurso populista participa de una *estrategia* destinada a construir una opinión

pública favorable a un líder político, ya sea en la instancia de conquista de poder, ya sea en la de mantenerse en el poder o justificarse. Así definido en una primera aproximación, el discurso populista se confundiría con todo discurso político. Y en efecto, se inscribe en el *contrato* del discurso político. Este se establece entre una *instancia política,* una *instancia ciudadana*, una *instancia adversaria* y una *instancia mediática*. Este contrato hace que la instancia política desarrolle un discurso según una escenografía triádica que se compone de tres momentos discursivos: *describir el estado de desorden social* que sufren la sociedad y los ciudadanos y determinar la fuente del mal; *denunciar a los responsables* que permitieron que se instaurara ese desorden en razón de sus ideas o de su incompetencia; *defender los valores* que deben presidir el bienestar de los ciudadanos y de la vida en sociedad, lo que supone que el defensor de estos valores se presente a sí mismo como ejemplar. Y para hacer esto, se pone en funcionamiento una estrategia discursiva que sigue la doble lógica simbólica, de definición de un idealismo social, y pragmática, de descripción de los medios para lograrlo.

El discurso populista se construye sobre los tres pilares de este guion, pero llevando las características al exceso: el desorden social es exacerbado y el mal es presentado de manera casi apocalíptica; los responsables se convierten en los culpables de todos esos males y los adversarios deben ser eliminados. En cuanto a los valores, son defendidos de manera paroxística y su defensor se presenta como un salvador perfectamente íntegro, incluso como un mesías. Con este fin, el discurso populista pone en escena cuatro discursos que se articulan unos con otros: un discurso de *victimización*, que describe las fuerzas del mal y construye un *chivo expiatorio*; un discurso de *satanización de los culpables* para incitar a la población a que los rechace; un discurso de defensa de los valores. Hemos descripto estas características en diferentes ocasiones. Se retomará aquí lo esencial.

LA INTERFERENCIA ENUNCIATIVA DEL DISCURSO POPULISTA

El discurso de victimización: las fuerzas del mal

El *discurso de victimización* no es, contrariamente a lo que se suele decir en los comentarios periodísticos, exclusivo de los partidos de extrema derecha. De hecho, se

encuentran huellas en los dos lados del escenario político. El discurso que apela a los imaginarios del miedo, de pérdida de identidad, de seguridad y de civilización y del desclasamiento social que conlleva la mundialización es sostenido por políticos de los dos lados. Al punto de que una declaración como: "[La juventud de Francia] conoce hoy en día los frutos amargos de la decadencia económica, social, política y moral, las plagas del desempleo, el individualismo enajenado que conduce al aislamiento y a la desesperanza" (cit. de Le Pen en Souchard et al., 1997: 48) podría provenir también de la izquierda. Se trata de declarar al pueblo en peligro, blanco de amenazas, mezclando diversos tipos de miedos.

Miedos identitarios que hacen rondar la amenaza de una *invasión*, dejándose embaucar con que la llegada masiva de inmigrantes va a provocar una disolución de aquello que funda la nación francesa por la mezcla de etnias y de religiones. Se trata de mantener la idea de que existe un enemigo exterior, aún más amenazante en cuanto se mezcla con la población autóctona, se convierte en enemigo interior, como el caso de poblaciones provenientes de los países árabes o de los romaníes instalados en Francia. Esta es una manera de fabricar un *chivo expiatorio* como amenaza suprema: "[Los inmigrantes] van a arruinarnos, nos invaden, nos sumergen, se acuestan con nuestras mujeres y nuestros hijos", creando lo que algunos denominan "la inquietud xenófoba" (Reynié, 2011: 118-119).

Miedo de desidentificación nacional ante Europa percibida como potencia soberana abstracta, sin identidad, que impone sus decisiones (sanciones económicas, parlamento no representativo de una identidad nacional), que toma la figura del monstruo manipulador, que no coincide con el chivo expiatorio, que no respetaría las características propias de cada nación, despertando prevención contra las élites desconocidas y rechazo a la institución.

Miedo al desclasamiento social por la mundialización, la crisis económica y financiera que enturbia la distinción entre las categorías sociales, por el hecho de que la pérdida de poder de compra de las clases medias las obliga a vivir en zonas periurbanas y a mezclarse con clases todavía más desfavorecidas, lo que les quita toda esperanza de ascenso social. Esto se vuelve más indignante ante la visión de los ricos y crea un sentimiento de impotencia ante el mundo financiero, resentimiento contra los pudientes y exasperación contra el Estado, que ayuda a quienes son calificados peyorativamente de *asistidos*.

Miedo ante la inseguridad de actos de delincuencia, de los suburbios que arden, de la

escuela que ya no es un lugar santificado sino de decadencia moral y de barbarie. A esto se agrega la puesta en relieve de abusos cometidos por manifestantes y la amenaza islamista con los actos de terrorismo.

Todo esto sufre el pueblo, y todos los miedos crean un imaginario de victimización que produce un efecto de fantasma complotista ante este enemigo exterior-interior. Esto provoca una demanda de exclusión de poblaciones juzgadas como amenazantes (los inmigrantes, los judíos, los musulmanes, los negros) o de resistencia contra instancias supranacionales, que lleva a ciertos sectores de la población a reclamar siempre más autoridad a los poderes públicos, firmeza a las fuerzas de policía, sanción al poder judicial, protección al Estado.

El discurso de "satanización" de los culpables

Se determinan diversos tipos de culpables, comenzando por la Europa cómplice del capitalismo financiero y del neoliberalismo. En la extrema derecha, Marine Le Pen trata a Europa de "ídolo brutal e insaciable" (*Le Monde*, 24/06/2015) y la considera un "yugo asfixiante y destructor [que impone] el ultraliberalismo y [el] librecambio, en detrimento de los servicios públicos de empleo, de equidad social e incluso de nuestro crecimiento económico" (Marine Le Pen, 16/01/2011, congreso de designación del Frente Nacional, *Le Monde*, 11/01/17). Del lado de la izquierda radical, Jean-Luc Mélenchon, para quien Europa es rastrera, exclama en uno de sus actos: "¡La Unión Europea está aboliendo nuestra historia republicana y nos lo hace pagar contante y sonante!" (RMC 2005); y más ampliamente: "El mundo que tenemos ante los ojos es el resultado de la dominación creciente del capital financiero en el mundo, el producto monstruoso de dos decenios de políticas neoliberales que arrojaron los gérmenes de un grave retroceso de civilización". En los dos casos, Europa tiene el papel de chivo emisario.

También los partidos tradicionales están puestos en la picota por los dos campos: Marine Le Pen engloba los gobiernos de izquierda y derecha con desprecio y los trata de "euro-maníacos"; en cuanto a Jean-Luc Mélenchon, reclama: "¡Que se larguen!". Y no solo los partidos, sino todo lo que representa el mundo político-mediático tachado de "oligarquía financiera", "parásitos", "buenos para nada" (*Le Monde*, 20/04/17). Estas mismas reacciones se encuentran en Italia con el movimiento Cinco Estrellas, en España con Podemos y en Grecia con Tsipras.

Lo más remarcable es la unanimidad de parte de los políticos de extremos diferentes en cuanto al "sistema" como causa de todos los males que afectan nuestra sociedad: para Marine Le Pen, "El sistema es un grupo de personas que defienden sus propios intereses sin el pueblo, o contra él" (*Le Monde*, 6/01/17); Marion Maréchal pone en la misma bolsa a "Pierre Bergé, Jacques Attali, Alain Minc, Daniel Cohn-Bendit, los guardianes del viejo sistema que sostiene a todos los Emmanuel Macron"; Jean-Luc Mélenchon recrimina: "El sistema es la casta. Esto va a terminar mal (…) si no escuchamos la cólera de la gente, si no escuchamos su 'que se larguen'". (*Le Monde*, 6/01/17).

El discurso de apelación al pueblo y su salvador

El *discurso de apelación al pueblo*, que es concomitante con otros discursos, se encuentra también en los dos extremos. Se lo denomina "el pequeño pueblo", "las personas", "los abandonados", "los dados por sentado", y se lo llama a creer en la promesa de redención y de liberación del yugo impuesto por las élites, de restablecimiento de los valores tradicionales, por parte de la derecha (conservadurismo), y de un mundo igualitario, por parte de la izquierda (revolucionarios). Se les promete la ilusión de cambio inmediato (los eslóganes contestatarios de "ahora"), se llama a la acción directa cortocircuitando los aparatos administrativo-políticos y reclamando referéndums en nombre de una democracia participativa. Se llama a los conciudadanos a fundirse en un alma colectiva que se vuelve hacia un deseo de salvación. Se apunta a convocar la esperanza.

El líder populista, según su temperamento y su carisma, podrá presentarse en tanto *hombre providencial*, como lo hacen, aunque de manera diferente, Trump en Estados Unidos, Orban en Hungría, Erdogan en Turquía o Bolsonaro en Brasil, Pablo Iglesias en España, Bepe Grillo y Salvini en Italia. Se erige entonces como guía del pueblo, y si tiene carisma, toma la figura de *profeta*. Puede incluso llegar a confundirse con el pueblo, a semejanza de un Chávez que declaraba: "Yo ya no soy yo, soy un pueblo que está aquí de pie, con su coraje y su dignidad, rescribiendo su historia, el pueblo de Bolívar" (Chávez, "Gran concentración 'Día del pueblo heroico'", Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela, 13/04/2003). También puede presentarse con un *ethos* de poder y de combatiente, mostrándose capaz de transformar el mundo, en todo caso de destruir al enemigo y de erradicar el mal que corroe a la sociedad. Toma

entonces la figura de *imprecador*. Es necesario, además, que sea creíble y se construya un *ethos* de autenticidad: "Soy tal como me ven", "Hago lo que digo", "No tengo nada que ocultar". Se trata de establecer una relación de confianza ciega con el pueblo mostrándose puro, desprovisto de interés personal. Toma entonces la figura del *caballero blanco*.

Balance: los blancos y los puntos en común

El discurso populista pone en escena la amenaza de la "desidentificación" de los individuos en su ser colectivo bajo diversos aspectos: el mantenimiento en estado de pobreza o de precariedad de una parte de la población, que se subraya que es la consecuencia de una política neoliberal que preconiza la austeridad en detrimento de la situación de las clases populares; el desclasamiento social de otra parte de la población, las llamadas clases medias, que se ven despojadas por los efectos de la mundialización económica, mientras el 10% de los ricos aumenta sus beneficios; la inseguridad resultado de una delincuencia que se atribuye esencialmente a las poblaciones extranjeras inmigrantes; y de una manera general, todo lo que aumenta las desigualdades sociales en el plano económico (el desajuste de los flujos financieros en detrimento del poder de compra de las clases bajas y en beneficio de las clases altas), en el plano socioprofesional (los despidos, las deslocalizaciones de empresas, el desempleo), en el plano de la vida cotidiana (la desertificación de los territorios con la disminución de los servicios públicos y de la salud).

Concomitantemente, el discurso populista toma como blanco, por un lado, a todas las élites, llamadas cosmopolitas, particularmente a la clase política culpable de venderse a las imposiciones del neoliberalismo, desconectada de la Francia profunda, de la "Francia olvidada". Por otro lado, todo lo que haga "sistema", las instituciones y su burocracia inhumana, Europa, los grandes organismos mundiales y todo aquello que constituye la casta oligárquica que no se puede identificar. El sistema se presenta como una suerte de minorías en las sombras que organizan el mundo para su propio beneficio en detrimento de las clases bajas.

Estas estrategias del discurso populista son usadas tanto por los partidos de extrema derecha como izquierda. Pero no se puede decir que no haya ninguna diferencia entre ellos, particularmente sobre el tema de la inmigración. Esta es la verdadera bestia negra de la extrema derecha, que busca todos los pretextos y todas las ocasiones para

convertirla en el único y monstruoso chivo expiatorio que es necesario eliminar cueste lo que cueste. Si bien la izquierda radical no sigue este camino, no está menos incómoda debido a una demanda social que está convencida de que hay una invasión migratoria y que pretende el cierre de las fronteras. Asimismo, la extrema derecha se opone a las comunidades religiosas (islámicas, pero no católicas) y a ciertas minorías sociales (los homosexuales), a pesar de que la mayoría de la población francesa las acepta. Esto crea una cierta interferencia, ya que estos discursos encuentran eco en la población: de ahí vienen reacciones de refugio de ciertas poblaciones en un proteccionismo nacional contra la idea de una supranacionalidad[2] y reacciones de xenofobia, como lo testimonia una encuesta que revela que una parte de la población declara que hay "demasiados extranjeros en Francia". Esta opinión es sostenida por el 91% de los encuestados pertenecientes a la extrema derecha (Frente Nacional), el 50% de los partidos Los Republicanos, Lucha Obrera, Nuevo Partido Anticapitalista y Verdes, y del 35 al 40% de encuestados del Partido Socialista, el Partido Comunista, la Unión de Demócratas e Independientes. Interferencia igualmente asegurada por una izquierda radical y una derecha extrema que pretenden encarnar al "verdadero pueblo", que exige referéndums y quiere destruir la clase política.

LA DEFENSA DE LOS VALORES

Simétricamente al discurso de la victimización que se despliega en la negatividad, el discurso populista exalta valores en la positividad, ya que se trata de pasar del resentimiento a la reapropiación. Se desarrollan así diversas temáticas: la *soberanía popular*, la *economía soberana* y la *identidad nacional*. Pero para observar la interferencia de los valores, es necesario remontarse al *cuerpo de doctrina* de la derecha y de la izquierda, a aquello que constituye la matriz discursiva de estas ideologías políticas.

La matriz ideológica de derecha

Se caracteriza por una *visión del mundo* en la que "la naturaleza se impone al hombre". De aquí deriva una "ley natural" que somete al ser humano al mandato de la madre

[2] Recordemos el rechazo al Tratado Constitucional Europeo de 2005 y el rechazo de la integración de Turquía a Europa por el 60-80% de la población.

naturaleza, detrás del cual, en una versión religiosa, se encuentra la mano de Dios. La metáfora del *árbol* como orden orgánico del mundo humano es su símbolo. Al observar que todo no es igual en la naturaleza y que, como entre los animales, las relaciones entre los individuos son relaciones de fuerza, se deriva que las desigualdades son propias de la naturaleza y que las relaciones son de dominación entre los fuertes sobre los débiles, como lo muestra la Biblia, que justifica el derecho de los elegidos. Es el *orden de la naturaleza*. Se sigue de ahí una concepción de un pueblo *ethnos*, blanco, cristiano, pero que en tanto masa es visto como políticamente inculto, incluso grosero y bárbaro y del que, por lo tanto, tienen que hacerse cargo las élites que, temerosas de las masas que bullen, debe elevarse por sobre ellas y dirigirlas. De aquí derivan una cierta cantidad de valores que apuntan a la conservación del estado de cosas.

- *El valor familia:* en su seno se fabrica el individuo. El individuo no es quien fabrica el grupo, sino que el grupo fabrica al individuo. De aquí, la importancia de la filiación, de lo innato y del peso de la tradición familiar, a través de las que se reproduce el individuo y, al mismo tiempo, se esencializa este grupo núcleo en un destino inmutable. Esto justifica un orden piramidal de la composición familiar, en la cima de la cual se encuentra la figura del patriarca que da órdenes al mismo tiempo que protege a los miembros de su familia. Este modelo se extiende al cuerpo político. En su cima se encuentra un poder tutelar: en primer lugar, la figura del rey, él mismo de obediencia divina, en los tiempos del régimen monárquico, cuyos miembros son sujetos que hacen acto de lealtad, algunos de ellos, pocos, también en posición de poder, mientras que otros les están sometidos. Se funda así el orden aristocrático. Este es el mejor escudo contra el anarquismo y la razón de la lucha contra cuerpos intermediarios que podrían interponerse entre el jefe y sus administrados. Así se concibe, en la derecha, la *legitimidad* del poder.

- *El valor trabajo* está fundado en el mérito, pero también en un orden jerárquico de superior a inferior: de un lado, los señores, los propietarios, los jefes, los dirigentes y, del otro lado, los subalternos que ejecutan, que son en primer lugar los campesinos, luego los obreros. Se organiza así una actividad productiva al servicio del cuerpo social al que aquellos que trabajan le deben todo, justificando de la misma manera, aunque no siempre se lo diga, la esclavitud, la servidumbre y luego el trabajo en las fábricas. Esto asegura, además, un orden en el que la palabra del jefe no se cuestiona, excluyendo así toda organización de protesta que desestabilizaría el trabajo de producción.

- *El valor nación* está concebido como lo que congrega simbólicamente a un pueblo

en un territorio, en una pureza étnica, religiosa y lingüística. Es una cuestión de cuerpo social conformado por hijos de la Nación en tanto esencia fundante de su identidad, cuyo símbolo es el árbol que no sufre ni cuando se lo desplaza ni cuando se lo trasplanta. En 1938, los militantes de extrema derecha se designan con el término "nacionales" (Fœssel en *L'Obs* 2837, 21-03-19), pero sabemos que el partido comunista siempre ha sido nacionalista, aunque sin decirlo en esos términos. De ahí que toda injerencia extranjera y toda mezcla étnica deba ser combatida como un enemigo que se arriesga a mancillar el patrimonio identitario de la nación. En tanto hay muchos nacionalismos –*étnico-cultural*, como se defiende en ciertos países de América latina; *religioso*, como en los países árabe-musulmanes; *estatal*, como en los países en los que domina el Estado republicano laico– en la ideología de derecha, al menos hasta el siglo XX, el nacionalismo es a la vez étnico-cultural, religioso y estatal.

Estos valores de base que constituyen el *cuerpo de doctrina* de la derecha, y que fueron reunidos en el eslogan del gobierno de Pétain en Francia ("Trabajo, familia, patria"), encuentran su prolongación en la justificación de diversas ideas que se desarrollan más o menos según las circunstancias históricas, principalmente, la de *desigualdad*: en la naturaleza, los seres no son iguales entre sí,[3] no se puede hacer nada, esta es una esencia, una marca de la humanidad. Por lo tanto, hay razas superiores a otras,[4] lo que justifica que, en un movimiento generoso de civilización, los primeros son movidos a dominar a los segundos, incluso a colonizarlos o, si resisten, a eliminarlos. Esto crea un espíritu de antagonismo entre grupos sociales en nombre de su pertenencia a una raza o a una etnia. Así nace, en su extremo, el *racismo*. Y si este otro, como conclusión de movimientos migratorios, pretende mezclarse con la comunidad de origen, mancillando su pureza identitaria, se crea entonces la idea de un *enemigo interior* que es necesario eliminar cueste lo que cueste. Así surgen todas las masacres de poblaciones y los genocidios en nombre de este *enemigo interior* que es necesario erradicar (comunismo, marxismo y otros etnicismos). La consecuencia es un sentimiento de xenofobia generalizada, que toma diferentes formas, pero que estaría inscripto en el patrimonio identitario de este árbol con raíces que se imaginan como "auténticas".

De este orden piramidal inmutable, que exige sumisión por parte de los

[3] Tema recurrente en Jean-Marie Le Pen. (Ver el estudio de Souchard *et al*., 1997).
[4] Recordar la polémica originada en 2011 por el ministro del Interior, Claude Guéant, que afirmaba que había algunas civilizaciones superiores a otras.

subordinados, provienen el *autoritarismo* y la *jerarquía*, que encontraron una aplicación en el siglo XIX en la organización del trabajo del mundo industrial naciente que separaba el cuerpo de los dirigentes de las empresas del cuerpo de los ejecutantes, ellos mismos jerarquizados en cuadros superiores, medios y obreros. Este orden jerárquico se funda, para aquellos que están arriba, en el poder financiero transmitido hereditariamente, y para los de abajo, en el *mérito*.

Las configuraciones políticas de la derecha

Estos valores de base se configuraron de distinta manera según las circunstancias históricas. En la historia de la derecha francesa, este cuerpo de doctrina dio lugar a diversas formas partidarias. Más allá de la división entre las tres derechas, orleanista (*liberal*), legitimista (*contrarrevolucionaria*) y bonapartista (*cesarista*), definidas por el historiador René Rémond (1954-2002), ha tomado dos orientaciones: la de una extrema derecha que lo aplica de manera radical, teorizada en su momento por Mauras y Barrès y que encuentra su prolongación en los Croix-du-feu (Cruz de fuego) durante la guerra, la Acción Nacional y el Frente Nacional (FN) de Jean-Marie Le Pen, alimentada por el GRECE de Alain de Besnoit y retomada por la actual Agrupación Nacional (RN, por sus siglas en francés) y la de una derecha centrista y de gobierno, que edulcoró los componentes, eliminando el fascismo y el antisemitismo, entre otros, bajo la influencia de De Gaulle, pero que, bajo la influencia de una burguesía católica, por cierto adquirida por la laicidad, permanece fuertemente anclada en los valores de "familia", de "orden" y de "nación". Se puede decir, sin embargo, que permanecieron constantes las tendencias al *conservadorismo* y al *nacionalismo*, todo bañado por una cierta concepción de *orden moral*.

La matriz ideológica de izquierda

Al revés de la matriz ideológica de derecha, la izquierda se caracteriza por una visión del mundo en la que es "el hombre quien se impone a la naturaleza". Al constatar que la naturaleza no es igualitaria, que las relaciones entre los seres vivos son de dominación, el ser humano, que vive en sociedad, debe dedicarse a reducir progresivamente las desigualdades. Su visión del mundo es por lo tanto dinámica: no se busca defender un estado de cosas, sino hacerlo evolucionar para mayor bienestar de los individuos. De

aquí surge la noción de *progreso*, garante de la igualdad entre los hombres. Desde esta perspectiva, el pueblo, contrariamente a la visión de la derecha, es concebido como la masa de los que no están en posición dominante: el *pueblo-plebe*, opuesto al pueblo-ethnos de la derecha, pueblo que al mismo tiempo está en el fundamento de la democracia: el *pueblo-demos* y la trascendencia republicana (la *res-publica*) que confiere a todo individuo una igual humanidad. Esta concepción igualitaria se opone, en consecuencia, a toda tentativa de jerarquización de las relaciones en la sociedad y de ejercicio de una autoridad que se aprovecharía de su posición de poder para someter a los individuos. De aquí surge el sueño de sociedades libertarias y anarquistas en el siglo XVIII, que buscaron vivir en comunidades en las que se compartieran las actividades públicas y privadas y hubiera una puesta en común de los bienes.

Los valores que se derivan de aquí se inscriben en una actitud de oposición a los de la derecha. Esto explica que los valores se configuren diversamente alrededor de un solo principio, fundador de la vida en sociedad: la *igualdad*.

- *El valor del grupo*: se trata aquí de la concepción de todo "grupo social" y no de la "familia", que es el único grupo de referencia de la derecha. La concepción es igualitaria entre los miembros del grupo, en nombre de una igual dignidad para los individuos. Esta concepción igualitaria se opone a toda tentativa de relaciones de dominación en la sociedad por parte de una autoridad que aprovecharía su posición de poder para someter a los individuos. Además, como la naturaleza es desigual en provecho de los más fuertes y de algunos que quieren mantener ese estado de cosas, hay que luchar contra estos, dado que quieren conservar sus privilegios: ante el *orden jerárquico* se propone la *igualdad social* y se opone un *orden igualitario de derechos*; ante la *discriminación* se propugna la *solidaridad social*; ante los *intereses particulares* del grupo, el *interés general*.

- *El valor trabajo* también se define en oposición a una organización vertical, jerarquizada, sometida a los mandatos de los dueños. Se concibe idealmente según un orden horizontal, autogestionado, de distribución y reparto de decisiones y posibilidades de negociación intermediada por agrupaciones que defienden a los trabajadores: los sindicatos. Dicho de otra manera, al *principio de autoridad* de la derecha se opone un *principio de protesta*. Esta concepción del trabajo está unida a una sociedad urbana donde se encuentran las fábricas que promovieron un trabajo industrial diferente al trabajo tradicional de la tierra. Así se constituyó un sentimiento de cuerpo entre los trabajadores que luchan contra el poder patronal.

- *El valor nación* también nace de las luchas por la igualdad. El pueblo concebido como la plebe, el *demos*, es el fundamento de la democracia en tanto que representa la *soberanía popular*, según un igual derecho en la participación en la vida de la Ciudad. La nación no puede vivir entonces según el orden inmutable de una autoridad de origen divino o profano de donde emane un mundo social jerarquizado por naturaleza. El modelo debe invertirse en provecho de una soberanía popular que, al fundarse sobre la igualdad de derecho de los ciudadanos, elige a sus representantes y controla la acción política. La nación está unida al pueblo solo en tanto el pueblo así lo decide. Nada se podría oponer a la igualdad entre los ciudadanos. Las creencias religiosas no pueden sustituir el poder público y este, en su organización temporal, solo puede ser neutralizado. De aquí deriva, en Francia, la ley de *laicismo*. Estos valores, que son presentados como principio universal, tienen otra particularidad que caracteriza a la izquierda: el *internacionalismo*. Hay una apelación a la solidaridad internacional entre los pueblos de los países que persiguen un mismo combate de liberación contra la opresión de sistemas políticos autoritarios y en defensa de las clases sociales desfavorecidas.

Así se define el *cuerpo de doctrina* de la izquierda: un *igualitarismo* que se compromete a luchar contra toda forma de dominación y de discriminación; un *progresismo* al servicio de la emancipación del individuo que se extiende a una emancipación social; una preocupación por el *interés general* que conduce a una solidaridad social; una separación entre la vida pública y la vida privada, en donde quedan reservadas las creencias religiosas sin posibilidad de proselitismo. De aquí la necesidad de un Estado fuerte que garantice esos valores, comenzando por la educación, que debe estar en su total posesión. La izquierda se construyó sobre un ideal en el que el crecimiento económico y el progreso técnico y científico permitieron avances sociales y un mejor vivir juntos. Las transformaciones de la vida moderna, sin embargo, le plantean problemas.

Pero hay otra consecuencia del espíritu igualitario: la acción revolucionaria. Como la naturaleza es desigual en provecho de los más fuertes y algunos quieren mantener ese estado de cosas, conviene luchar contra estos, dado que quieren conservar sus privilegios. La única posibilidad ante los poderosos es la *Revolución*. Esta se acompaña, en principio, de una voluntad de desposeer a los ricos de sus bienes y de redistribuirlos entre todos. Aquí también aparece un enemigo a combatir, más interior que exterior. Se opone a todos los valores de este enemigo y se lo combate por todos los medios. De

aquí se sigue la organización de un *contrapoder*: ante el orden inmutable de una autoridad de origen divino o profano de donde emana un mundo social jerarquizado por naturaleza, se reivindica una soberanía popular que, fundada sobre la igualdad de derechos de los ciudadanos, elige a sus representantes y controla la acción política. Ante una organización del trabajo jerarquizado y sometido a los mandatos de los patrones, se propugna un orden autogestionado, o al menos se reivindica el compartir decisiones y la organización de posibles negociaciones por el intermedio de un cuerpo de defensa de los trabajadores: los sindicatos. Y de una manera general, ante toda tentativa de dominación y discriminación, la respuesta por la educación, la igual dignidad de los pueblos contra las diferencias raciales y étnicas (el *antirracismo*) y el fin de la hegemonía de una creencia religiosa (el *laicismo*). Se supone que esto crea una solidaridad internacional entre los países que llevan adelante un mismo combate de liberación contra la opresión de sistemas políticos autoritarios y la defensa de las clases sociales desfavorecidas. En su versión más extrema, este movimiento puede dar lugar a una lucha armada en nombre de la rebelión mundial de los oprimidos y de la lucha contra los opresores.

Las configuraciones políticas de la izquierda

Pero, aquí también, la matriz ideológica de la izquierda tomó diferentes orientaciones en el curso de la historia y se configuraron distintas izquierdas. Jacques Julliard (2012), en su última obra sobre las izquierdas francesas, distingue cuatro izquierdas: una izquierda *liberal*, que se funda alrededor del 89 y rechaza el Terror; una izquierda *jacobina*, que confía en el poder del Estado; una izquierda *colectivista*, que quiere generalizar el socialismo; una izquierda *libertaria*, contra todas las élites y al lado de las clases populares. El filósofo Michel Onfray, por su parte, propone tres: una *antiliberal*, de inspiración revolucionaria, doctrinaria, pero que no busca tomar el poder (Partido Comunista Francés, Liga Comunista Revolucionaria, Nuevo Partido Anticapitalista); una *libertaria*, que propugna el cambio instantáneo por la acción social (Proudhon, Bakunin); una *liberal* y pragmática, que acepta la economía de mercado y se ofrece como alternativa a la derecha en el ejercicio del poder (*Le Monde*, 3-4/04/2011). Otros hablan de la *izquierda divina*, de la *izquierda pastoral*, de la *izquierda trágica*.

En definitiva, desde el siglo XIX, la izquierda está dividida entre un socialismo reformista a la Jean Jaurès y un comunismo revolucionario a la Jules Guesde, al que se

agregó, en el siglo XX, una izquierda reformista a la Michel Rocard, llamada tercera izquierda, y diversas izquierdas atravesadas por una oposición entre una concepción *unitarista* y una concepción *pluralista* de la sociedad.

LA INTERFERENCIA IDEOLÓGICA EN LA DEFENSA DE LOS VALORES

Se supone que los valores que constituyen las matrices ideológicas de derecha y de izquierda sostienen los discursos políticos que mantienen los diferentes líderes llamados populistas. Tanto a la interferencia operada por la puesta en escena de la escenografía política como a los efectos de victimización, de satanización de los culpables y de apelación al pueblo, se agrega una interferencia en el dominio de la defensa de los valores. Retomamos a continuación las grandes temáticas que caracterizan el momento de la *exaltación de los valores*.

En primer lugar, la temática de la *soberanía popular* esdefendida tanto por la derecha como por la izquierda. En la extrema derecha, se lo hace en nombre del mito de la *nación orgánica* contra una "Europa liberal (…) que mantiene a todos los pueblos bajo el yugo del eje Sarkozy-Merkel (que) hay que romper en Francia" (Plataforma electoral del FN, durante la campaña presidencial de 2012). En la extrema izquierda, la soberanía se declara en nombre del *pueblo-ciudadano* y de la *igualdad*: "Seamos el pueblo soberano en todos los lugares, ciudadanos en la ciudad y en el trabajo". Tanto en la derecha como en la izquierda, los líderes piden un *referéndum* a propósito del tratado de la Unión Europea e incluso su extensión en el marco de una democracia participativa: para Jean-Luc Mélenchon, hay que "reforzar y ampliar la soberanía directa del pueblo"; para Marine Le Pen, hay que pasar por un referéndum porque "para renegociar un tratado, ¡se comienza por votar en contra para decir que no estamos de acuerdo!" (acto en Montpellier, 8/02/2012).

Asimismo, la temática de la *economía soberana* es defendida por la derecha y por la izquierda. La derecha propone una *economía proteccionista*: "Voy a terminar con la dictadura de los mercados financieros, instaurando un Estado fuerte, estratégico y protector" (Plataforma electoral, campaña presidencial de 2012). La izquierda propone una *economía nacional* de mercado, una relocalización de las actividades de manera que "el poder [sea] del pueblo, no de las finanzas" (Plataforma electoral de la campaña presidencial de 2012). Se observa así una familiaridad entre la derecha y la izquierda en la manera de defender valores ante un consumismo impuesto por una economía

neoliberal internacional, proponiendo un "patriotismo económico", cuyo *antifiscalismo* (demasiadas tasas, demasiados impuestos) es asimismo una reivindicación de los dos partidos.

La temática de la *identidad nacional* también está presente en la derecha y la izquierda. En la derecha, se exalta un patriotismo de *nación de origen*, apelando a "una amplia reunión de los patriotas, tanto de la izquierda como de la derecha". La izquierda exalta un patriotismo de *nación igualitaria* de los derechos sociales. Pero a pesar de estas diferencias, se asiste a una interferencia en las ideologías alrededor de la cuestión de la identidad como *independencia*: independencia política como derecho a la soberanía nacional, independencia económica como derecho a disponer de sus propios recursos, independencia del pueblo como derecho a reconocerse en la especificidad histórica. Por este motivo, Jean-Luc Mélenchon puede autoproclamarse: "populista patriotero" (*L'Obs*, del 18/06/2015) y Marine Le Pen puede declarar su "apego carnal" a la Francia que le hace reivindicar la "preferencia nacional".

La temática de los *valores republicanos* es concomitante con las precedentes. Estos valores, entre los que está el laicismo, son reivindicados por los ambos lados, pero con fines diferentes. Para la derecha, se trata de resistir al *multiculturalismo*, exigiendo que los inmigrantes se asimilen o que sean expulsados del país: "Me opongo a los extranjeros en nombre de los valores republicanos, porque son incompatibles con esos valores". Para la izquierda, se trata de recordar la universalidad de los valores de la República, proponiendo no la asimilación, sino la *integración* de las poblaciones inmigrantes en nombre de la solidaridad social y de la igualdad de los derechos. Esto se explica porque, según la matriz ideológica de derecha, el individuo-naturaleza está en el centro de la sociedad en su singularidad y debe ser defendido, mientras que, según la matriz ideológica de izquierda, es la sociedad-hombre la que ordena la organización social y se impone al individuo. Esto no impide que esta reivindicación de los valores republicanos contra la mundialización, Europa y la inmigración, conserve un imaginario social *xenófobo*, tanto en la derecha como en la izquierda.

Balance

Las matrices ideológicas de derecha y de izquierda se encuentran interferidas por el discurso populista. El *conservadurismo* propio del cuerpo de doctrina de la derecha, reivindicado en nombre de los valores de la tradición y la filiación, se reencuentra en la

izquierda en una versión más social como una defensa de los derechos adquiridos en el pasado en nombre de valores igualitarios, defendiendo las dos un anclaje nacional y territorial. El *progresismo* característico del cuerpo de doctrina de la izquierda, defendido en nombre de la emancipación del individuo y del grupo social, es desacreditado por los efectos aunados de la caída del socialismo totalitario, del capitalismo financiero y del desarrollo de las tecnologías, que cuestiona la noción misma de progreso.

Además, se observa una interferencia en cuanto a la *visión del pueblo* que construyen los discursos populistas de derecha y de izquierda. La diferencia permanece entre la visión étnica de la derecha y la visión plebeya de la izquierda, pero como las dos atacan a la élites, los poderosos, los ricos, los dirigentes autoritarios y como las dos plantean como oposición, en la derecha, los "Nosotros-Francia-de-origen-en nuestra casa" y los "Ellos-extranjeros-en su casa" y, en la izquierda, los "Nosotros-el-pueblo-las-personas-pobres" y los "Ellos-élite-corrupta-rica", se borra la lucha de clases en la izquierda y la oposición burguesía/pueblo en la derecha. Estos discursos, cuyo denominador común es el *antisistema* contra todas las formas de autoridad y un derecho a *ser uno contra el otro*, crean un imaginario social del pueblo que distingue y opone "Nosotros los de abajo" y "Nosotros los de arriba", "la oligarquía y el pueblo", una oposición entre dos entidades indefinidas que serían los grandes y pequeños, los buenos y los malos ciudadanos.

LA DEMANDA SOCIAL

Todo discurso político resulta del efecto del ir y venir, de eco, de espejo, entre los discursos de los partidos y los responsables políticos y los discursos de la demanda social, que se expresa a través de las redes sociales, en las manifestaciones, en las urnas en el momento de las elecciones y aparece también en las encuestas de opinión. Para comprender este torbellino populista en el que se debaten las sociedades modernas, hay que tener en cuenta estos dos factores: por un lado, los discursos de los dirigentes y los líderes populistas que circulan en el espacio público y, por el otro, los discursos que testimonian el estado de la demanda social. Se produce en efecto una influencia recíproca, pero no simétrica, entre estos dos discursos, el político y el ciudadano, el primero intentando adherirse al segundo, el segundo dejándose a veces seducir por el

primero, pero también devolviéndole una demanda desfasada que lo obliga a rectificarse.

Pero la división de la demanda social no se corresponde punto por punto con las matrices ideológicas de la derecha y de la izquierda, que reposan sobre una sistematización del pensamiento. Es igualmente sensible a los valores, pero son aquellos que están inscriptos en la tradición de los medios de pertenencia y en las condiciones de vida de la época. Esos valores no son de generación espontánea. Forman parte de un corpus que da testimonio de imaginarios sociales que estructuran la sociedad. Esos valores son sostenidos por una población socialmente heterogénea, en su mayoría poco politizada, que no se preocupa por los sistemas de pensamiento que subyacen. Durante mucho tiempo, esos valores se reagruparon en torno a dos grandes tendencias que son el conservadurismo y el progresismo, que eran reivindicados por diversos cuerpos profesionales y por la voz de las organizaciones sindicales.

Ahora esa división está perturbada. Presentamos como ejemplo el reciente movimiento de los Chalecos Amarillos, que recusan la autoridad de los cuerpos representativos, partidos o sindicatos, rechazan ser representados por líderes y meten en la misma bolsa a expertos, élites ilustradas, dirigentes de cualquier partido, periodistas y medios de información, sin estigmatizar no obstante a los patrones, a pesar de que el poder de compra era la problemática principal del movimiento.[5] De manera más general, se observa el surgimiento de movimientos de reivindicación que ya no corresponden a cuerpos profesionales, sindicatos ni partidos políticos. Estos movimientos, por el contrario, congregan poblaciones que representan diversas profesiones (artesanos, comerciantes, pequeñas y medianas empresas, profesionales médicos y de servicios) y diversas filiaciones políticas (izquierda y extrema izquierda, derecha y extrema derecha), mezclando las pertenencias sociales (popular, media baja y alta).

Algunas comprobaciones

Los resultados de las elecciones mostraron que, hasta 1980, el electorado estaba dividido entre electores con poco capital económico y educativo que votaba mayormente a la izquierda y electores con un gran capital económico y educativo que

[5] Ver *Le Monde*, 30-31 de mayo de 2019.

votaba mayormente a la derecha. Luego, el electorado se fragmentó progresivamente. Se constatan transferencias de voto: una parte del electorado de izquierda se reparte entre la izquierda radical y la extrema derecha, una parte del electorado de la derecha de gobierno se desliza hacia la extrema derecha, sin contar con el aumento de la abstención, tanto a derecha como a izquierda.

También las encuestas de opinión ponen en evidencia este fenómeno de fragmentación, de cambio partidario y de huida de electores en relación con los valores que se expresan. Así podemos enterarnos que sobre un 87% de la población encuestada que considera que al Estado le falta *autoridad*, lo declaran 56% de los que se identifican con el Frente de Izquierda, 76% del Partido Socialista, 99% de los Republicanos. Paralelamente, 65% del conjunto quiere que se dé más poder a la policía, 70% cree que la justicia es laxa y 87% reclama un verdadero jefe para volver a poner orden. Esta demanda de autoridad se acompaña de una *demanda de seguridad*: las encuestas amalgaman delincuencia, terrorismo e islamismo, a los que se considera como amenazas: 66% dice que ya no se siente como en casa y 83% piensa que el integrismo religioso es peligroso (Barómetro político de *Viavoice*). El *Estudio de Valor Europeo* que estudia desde 1981 cada 10 años la evolución de los valores en una treintena de países muestra que los electorados de derecha y de izquierda se reencuentran alrededor de valores de autoridad: el Estado-providencia, las instituciones como la policía, el ejército, la salud y la escuela (en aumento de 80%) y contra las instituciones políticas (la confianza en baja de 40%) y los partidos (baja de 12%) (publicado en Bréchon y Gonthier, 2019). Una encuesta de Cevipof, la víspera de las elecciones presidenciales de 2017, muestra que los electores que se ubican "muy a la izquierda" o "muy a la derecha" y que defienden la primacía de la *voluntad popular*, denuncian la escisión entre las élites y el pueblo y se declaran contra los cuerpos intermediarios, los representantes de la República, los sindicatos y los periodistas (*Le Monde*, 13/02/2019). Esto es corroborado por otra encuesta del mismo instituto sobre la *percepción del populismo*: el populismo está en su punto más alto en los electores "muy a la izquierda" y "muy a la derecha", e incluso del "centro" (estudio de Cevipof sobre "¿la Francia populista?", 05/2017).

Observamos la hipersensibilidad de una parte de la opinión pública en el tema de la soberanía nacional, su adhesión al tema complotista de la "gran asamblea" que es, desde Maurice Barrès –reactivada por Renaud Camus– un fantasma de la extrema derecha (Camus, 2010 y 2011), que denuncia el emprendimiento deliberado de las "élites

mundialistas" de sustituir a los "franceses de origen" por la inmigración musulmana. Hay por lo tanto un viraje a la extrema derecha en nombre del orden, la nación, la seguridad, particularmente de parte de estratos populares que sienten que "no se hace nada por ellos y que los 'Ellos de arriba' prosperan a su costa" (Castel, 2009).

LOS EFECTOS DE LA INTERFERENCIA EN LA DEMANDA SOCIAL

Este estado nuevo y complejo de la demanda social perturba, por retroalimentación, a los partidos, tanto a los de gobierno como a los más radicales, y los pone en contradicción ideológica.

Las contradicciones/perturbaciones en la derecha

En Francia, sobre el fondo de esta matriz ideológica que plantea que la naturaleza se impone sobre el hombre, que este debe aceptar las desigualdades y someterse a la autoridad, la derecha ha presentado dos caras: la de una extrema derecha que radicalizó sus componentes, la de una derecha de gobierno que los edulcoró. Para citar solo dos ejemplos de esta última cara: De Gaulle terminó con la colonización; Giscard d'Estaing instauró el colegio único y promulgó la interrupción voluntaria del embarazo. Pero, de una manera general, como el cuerpo de su doctrina está fundado, como ya hemos dicho, sobre una visión del mundo que plantea que la naturaleza se impone al hombre, que este debe someterse y aceptar las desigualdades, la derecha francesa continúa siendo autoritaria, poco proclive a la negociación y con un horizonte de orden y de defensa de los intereses particulares.

No obstante, esta forma de pensamiento político choca actualmente con una demanda social que reclama igualdad, transparencia en la gestión de los asuntos estatales, reconocimiento de las minorías y una evolución de los valores sociales. Así, se puede decir que lo que caracteriza a la doctrina de la derecha se encuentra echado por tierra por esta nueva demanda: el liberalismo económico y la libertad de mercado chocan con un deseo de control y de regulación, el conservadurismo con un liberalismo y progresismo social,[6] el orden jerárquico vertical con un orden igualitario horizontal.

[6] El 74% de la población francesa encuestada se declara contra la derogación del *casamiento para todos*, entre estos, el 56% de Los Republicanos (LR).

Por ejemplo, el neoliberalismo económico, el de las empresas multinacionales, de las finanzas internacionales, de la competencia, de la extensión de lo privado, defendido en nombre de la teoría del "derrame", es cuestionado por una parte del electorado de derecha que demanda más protección social del Estado. Se observa también en la defensa de los valores sociales: la familia que debe sostenerse sobre la pareja hombre-mujer, única que puede engendrar hijos; la oposición al casamiento de personas del mismo sexo, a la procreación médica asistida, a la eutanasia y a la investigación científica de células madre. Ahora bien, estos valores chocan con un cambio de la demanda social que, mayoritariamente, como lo testimonian las encuestas, es favorable al reconocimiento de diversas minorías, de sus derechos igualitarios y a la libertad en materia de procreación y de fin de la vida.

Las contradicciones/perturbaciones en la izquierda

Las perturbaciones en la izquierda son aún más pronunciadas y severas. De hecho, su cuerpo de doctrina, que se apoya en los valores de emancipación, de progreso, de apertura, de lucha internacional de clases, está desacreditado. Su progresismo está cuestionado por los desarrollos de una tecnología que desampara más de lo que emancipa, que produce pérdidas de empleo. Su tradicional objetivo internacionalista fue sustituido por un mundialismo económico abstracto que divide los países. Su espíritu de apertura y de solidaridad choca con la invasión migratoria y con la demanda de cerrar las fronteras.

Las encuestas y los resultados electorales muestran que las clases populares y medias, más proclives a votar a la izquierda, se reubican a partir de una demanda de autoridad, de seguridad, de rechazo a la inmigración, de expulsión de comunidades étnicas y religiosas. Los valores de jerarquía y de meritocracia ya no son percibidos entre el electorado de izquierda como favorecedores de los poderosos, e incluso los consideran legítimos. Un cierto conservadurismo –particularmente en el mundo rural y en los pequeños pueblos desterritorializados– es valorado en tanto resistencia a los cambios económicos y en tanto permitiría recuperar un estilo de vida del pasado que está por desaparecer, conectándose en este punto con el electorado de derecha.

Esta población les reprocha a los partidos de izquierda ocuparse más de las minorías sociales que de la inmigración que, por su islamización, aumenta la inseguridad. La izquierda europea, que se declaraba partidaria de la apertura de las fronteras y

posteriormente exigió solo algunas distribuciones técnicas, chocó con el consentimiento de las clases populares que, sobre este tema, pretendían ser más drásticas y se sintieron traicionadas (Kahn y Lévy, 2019). La socialdemocracia, por su parte, es acusada de querer enmascarar su política económica liberal por medio de diversas medidas sociales. Por último, los partidos de izquierda que siempre actuaron en conjunción con los cuerpos intermediarios, como los sindicatos, chocan con una demanda de “derecho a ser uno mismo” y actuar sin representantes, sin líderes ni intermediarios sindicales.

En resumen, se puede decir que la izquierda, ya sea moderada o extrema, está atravesada por contradicciones ideológicas. Se encuentra despojada de sus mitos sobre el pueblo, el progreso, la emancipación y la igualdad. Por eso, para intentar responder a este colapso, una parte de la izquierda, en algunos países como España (Podemos), Grecia (Syriza), Italia (5 estrellas), Francia (La Francia Insumisa), se radicalizó en movimientos de rebelión y de protesta permanente contra todos los sistemas, utilizándolos. Y sin embargo, paradojalmente, las clases llamadas populares se pasan a la extrema derecha, como lo testimonia el intento malogrado de parte de La Francia Insumisa de aprovechar el movimiento de los Chalecos Amarillos.

La interferencia ideológica en la derecha y la izquierda

La conjunción de los discursos de la demanda social y de los líderes de partidos extremistas construye un *populismo transversal* que, por sus efectos de interferencia ideológica, perturba las divisiones clásicas, en la derecha y en la izquierda, entre conservadurismo y progresismo, universalismo y relativismo, interés general e intereses particulares, llegando a contradecir los sistemas de pensamiento de los partidos tradicionales, mezclando liberalismo político, liberalismo social y liberalismo económico. Explosión de la matriz católica en la derecha, explosión de la matriz republicano-laica en la izquierda; explosión de la democracia cristiana francesa en un archipiélago multicultural (Fourquet, 2019); contradicciones entre nacionalismo unitario y comunitarismo; contradicciones entre demanda de igualdad y reconocimiento de mérito; contradicciones entre demanda de crecimiento consumista y exigencia de disminución.

Interferencia ideológica que atraviesa la izquierda y la derecha ante el *multiculturalismo*. Es el espantapájaros de la derecha ya que va contra la novela nacional. Es aceptado por los partidos de izquierda cuando se expresan en defensa de

los indocumentados y los inmigrantes. Pero la demanda social se inclina hacia la homogeneidad identitaria y nacional contra los grupos minoritarios y la invasión extranjera mediante el cierre de los territorios y las comunidades, lo que no puede ser más contradictorio. Interferencia ideológica en cuanto a los problemas del medio ambiente a partir de intentos de recuperación del movimiento ecológico. La extrema derecha lo incluye en su "manifiesto" en vista de las elecciones europeas, la extrema izquierda se quiere "la defensora" al presentarse como una "ecología popular" que une los problemas del planeta con la precariedad social.

Así se confunden extrema derecha e izquierda. Ya no es cuestión de lucha de clases, de divisiones entre una clase obrera y una clase burguesa, sino una nueva división social entre los verdaderos y los pseudo franceses, los ricos y los pobres, los de arriba y los de abajo, dicho de otra manera, un *nosotros*, legítimo, contra un *ellos*, ilegítimo, que incita a *no ser el otro*. Nueva división que alimenta al mismo tiempo la desconfianza hacia las élites y el rechazo a todo *sistema*. Seguramente, algunas diferencias entre los extremos de derecha y de izquierda se mantienen: la primera insiste más en el proteccionismo, la segunda en la igualdad entre los ciudadanos; la extrema derecha sostiene una *visión étnica* elitista y cerrada del pueblo, la extrema izquierda una *visión plebeya* igualitaria y abierta. Estas diferencias, sin embargo, no son siempre percibidas ni escuchadas por una parte de la demanda social.

CONCLUSIÓN

Este ascenso general del populismo en Francia y en diversos países europeos coincide con un contexto social en el que se unen crisis económica, crisis política y crisis social. Una *crisis económica* comenzada después del período llamado de los "treinta gloriosos" que vio cómo se invertían las relaciones entre las cargas, los gastos colectivos obligatorios y los ingresos de las clases populares y medias, la desindustrialización que provoca la deslocalización, el cierre de fábricas, la desertificación de los territorios y consecuentemente el desempleo, a lo que se agregan la mundialización económica y la crisis financiera con sus políticas de austeridad que dejaron en la precariedad a una cantidad de personas que pertenecen a las clases populares y medias. Una *crisis política* comenzada con la caída del Muro de Berlín, que consagró el fin de las grandes causas que alimentaron la guerra fría entre el Este y el Oeste, al mismo tiempo que desaparecían las grandes dictaduras (España, Argentina, Chile) y a las que se sumaron

los mandatos de la Unión Europea que dan la impresión de pérdida de soberanía nacional. Esto desestabilizó a los partidos tradicionales de derecha y de izquierda ante una demanda social que ya no se hace a partir de criterios de clase, sino de una oposición imprecisa entre clases altas y clases bajas. Una *crisis social* que se funda en un sentimiento de pérdida identitaria alimentada por el fantasma de la "gran sustitución" y por una tecnologización que afecta a las categorías sociales más desfavorecidas.

El discurso populista pone en evidencia esas diversas contradicciones, crea una interferencia que abate a las poblaciones y, consecuentemente, a los partidos políticos, aboliendo las divisiones ideológicas tradicionales. En los momentos de grandes crisis sociales, es decir, de situaciones en las que los individuos pierden sus referencias identitarias y se ven como las víctimas de fuerzas no muy determinadas que los sobrepasan y ante las cuales se sienten impotentes, se produce una reacción de repliegue sobre sí mismos, de refugio en sí mismos, que se acompaña de una fuerte demanda de autoridad y de seguridad. De esta manera, tanto los populismos de derecha como de izquierda se reencuentran en un mismo discurso de miedo y de victimización. La paradoja es que estos discursos se justifican en nombre de una sociedad más justa, a pesar de que son el síntoma de una democracia desencantada.

(Traducción del manuscrito inédito: Paulina Bettendorff)

BIBLIOGRAFÍA

ARENDT, Hannah (1995); *Qu'est-ce que la politique ?* París: Ed. du Seuil.

ARENDT, Hannah (1972); *Du mensonge à la violence*. París: Gallimard.

BAYART, Jean-François (2017); *L'impasse nationale-libérale. Globalisation et repli identitaire*. París: La Découverte.

BRECHON, Pierre y Frédéric GONTHIER, dirs. (2019); *La France des valeurs, quarante ans d'évolution.* Grenoble: Presses universitaires de Grenoble:.

CAMUS, Renaud (2010); *Abécédaire de l'in-nocence*. éd. David Reinharc.

CAMUS, Renaud (2011); *Le Grand Remplacement*. éd. David Reinharc.

CASTEL, Robert (2009); "Pourquoi la classe ouvrière a perdu la partie", en *La Montée des incertitudes. Travail, protections, statut des individus*. París: Seuil.

CHARAUDEAU, Patrick (2013); *La Conquête du pouvoir. Opinion, persuasion, valeurs. Les*

discours d'une nouvelle donne politique. París: L'Harmattan.

CHARAUDEAU, Patrick (2015); *Le discours politique. Les masques du pouvoir*. Lambert-Lucas: Limoges.

CHARAUDEAU, Patrick (2015); "Le charisme comme condition du leadership politique", en *Revue Française des Sciences de l'Information et de la Communication*, núm. 7.

CHARAUDEAU, Patrick (2008); *Entre populisme et peopolisme. Comment Sarkozy a gagné*. Paris: Vuibert.

COLLOVALD, Annie (2004). *Le* "*populisme du FN*". *Un dangereux contresens*. éditions du Croquant.

FASSIN, Eric (2017); *Populisme : le grand ressentiment*. París: Textuel.

FŒSSEL, Michaël (2019); *Récidive*. París: PUF.

FOURQUET, Jérôme (2019). *L'archipel français. Naissance d'une nation multiple et divisée*. París: Seuil.

GUILLY, Christophe (2010); *Fractures françaises*. París: François Bourdin.

GUILLY, Christophe (2014); *La France périphérique*. París: Flammarion.

HABERMAS, Jürgen (1989); *Théorie de l'agir communicationnel*. París: Fayard.

HALL, Stuart (2008); *Le populisme autoritaire. Puissance de la droite et impuissance de la gauche au temps du thatchérisme et du blairisme*. Amsterdam: Éditions Amsterdam.

JULLIARD, Jacques (2012); *Les Gauches françaises. 1762-2012: histoire politique et imaginaire*. París: Flammarion.

KAHN, Sylvain y LEVY, Jacques (2019); *Le pays des européens*. Odile Jacob.

LACLAU, Ernesto y Chantal MOUFFE (2009); *Hégémonie et stratégie socialiste. Vers une politique démocratique radicale*, trad. Abriel J. Les Solitaires intempestifs.

LACLAU, Ernesto (2008); *La raison populiste*, trad. J.-P. Ricard. París: Le Seuil.

LACLAU, Ernesto (1978); *Política e ideología en la teoría marxista*. México: Siglo XXI.

LE BON, Gustave (2013). *Psychologie des foules*. Alcan.

LE BRAS, Hervé y Emmanuel TODD (2012); *L'invention de la France*. París: Gallimard.

LORDON, Frédéric (2016); *Les Affects de la politique*. París: Seuil.

MANIN, Bernard (2015); *Principe du gouvernement représentatif*. París: Calmann-Lévy.

MICHEA, Jean-Claude (2011); *Le complexe d'Orphée. La gauche, les gens ordinaires et la religion du progrès*. París: Climats.

MOUFFE, Chantal (2016); *L'illusion du consensus*, trad. Colonna P. d'Istria. Albin Michel.

MUDDE, Cas y Cristobal ROVIRA KALTWASSER (2018); *Brève introduction au populisme*. coédition Fondation Jean-Jaurès et L'Aube.

MÜLLER, Jan-Werner (2016); *Qu'est-ce que le populisme? Définir enfin la menace*, trad. Frédéric Joly. Premier Parallèle.

NOIRIEL, Gérard (2018); *Une histoire populaire de la France. De la guerre de Cent ans à nos*

jours. París: Agone.

REMOND, René (1954-2002); *Les droites en France*. París: L. Audibert.

REYNIE, Dominique (2011); *Populisme: la pente fatale*. París: Plon.

SOUCHARD, Maryse *et al.* (1997); *Le Pen. Les mots. Analyse d'un discours d'extrême droite*. París: Le Monde Éditions.

TAGUIEFF, Pierre-André (2002); *L'illusion populiste*. París: Berg International.

WEBER, Max (1971); *Économie et société*. París: Plon.

RECIBIDO : 15/10/2019 - ACEPTADO: 21/11/2019